

los turcos no ceden á la razón, tendrán que ceder á la inminencia de un próximo peligro.»

Al tiempo que hablaba, Nicolás obraba, y regulaba su acción conforme al resultado que obtenía de sus negociaciones con Inglaterra. El diez de Febrero de mil ochocientos cincuenta y tres, el príncipe Menchikoff, alteza serenísima, almirante de las flotas del Báltico, ministro de Marina, gobernador general de Finlandia, salió de San Petersburgo camino de Constantinopla, seguido de numerosa corte de personajes ilustres, como para desempeñar una misión extraordinaria. Si se preguntaba al Emperador y á su ministro Nesselrode por el objeto de esta embajada, respondían, sin inmutarse, que las instrucciones se limitaban al arreglo de las dos cuestiones recientemente suscitadas en Oriente, la de los Santos Lugares y la de Montenegro. Mas ¿por qué se reunían en aquellos mismos instantes á lo largo del Pruth cincuenta mil soldados rusos, y se armaba á toda prisa la flota del Mar Negro? En realidad, el encargo dado al gran embajador era provocar al Sultán en nombre de su soberano, proponiéndole, por vía de *ultimatum*, someterse sin reserva, ó poco menos, al protectorado moscovita; pero Nicolás no quería que trascendiese al público esta parte principal de las instrucciones antes de saber el resultado de sus conferencias con Inglaterra. El enviado del Czar entró en Constantinopla el veintiocho de Febrero, con el aparato militar de un conquistador. Según los usos diplomáticos, el embajador debía visitar primero al gran visir, Mehemet-Ali-Pachá, y al *reis-effendi*, Juad, ministro de Estado del Imperio otomano, y conforme á esta práctica, el dos de Marzo, el príncipe Menchikoff se fué á la Puerta, pero en traje ordinario, sin uniforme, precisamente allí donde se observa con más rigor que en parte alguna la etiqueta diplomática. Este desprecio causó escándalo, pero hubo más. Las habitaciones del *reis-effendi* estaban contiguas á las del gran visir, y en unas y otras se habían hecho los más suntuosos preparativos para recibir al extraordinario embajador, y ¿cuál no sería el asombro de los palaciegos al ver que Menchikoff, al salir del despacho del gran visir y pasar por delante de las antecámaras del *reis-effendi*, volvió la espalda á los oficiales que le esperaban, atravesó el vestíbulo y se salió á la calle? Al día siguiente, una comunicación hizo saber al gran visir que el embajador del Czar no podía tratar de negocios con un ministro falaz. Fuat resignó el poder; Abd-ul-Mejid bajó la cabeza. Los embajadores de Inglaterra y de Francia no estaban en Constantinopla. Quince días después, Menchikoff manifestaba el objeto de su embajada, que era, para el público, arreglar en definitiva la cuestión de los Santos Lugares; en secreto, firmar un tratado reconociendo al Czar, á cambio de la alianza ofensiva y defensiva que éste le ofrecía, como protector legal de la Iglesia griega en el Imperio turco. La exigencia era enorme. Ejerciendo los jefes de esta Iglesia poderes temporales muy extensos y mandando á doce ó quince millones de súbditos, someterse á ella equivalía para el Sultán á una abdicación. Ya no tardaron en llegar los embajadores de Francia y de Inglaterra, La-Cour y Stratford de Redcliff, á quienes los

ministros turcos, temblando y rogándoles absoluta reserva, revelaron las proposiciones secretas que Menchikoff acababa de hacerles. Los embajadores anduvieron tan cuerdos y tan diligentes en sus gestiones que, el cuatro de Mayo, arreglado el asunto de los Santos Lugares á satisfacción de los tres interesados, el Sultán, el Czar y el Emperador, pusieron á Menchikoff en el caso de retirarse ó declarar públicamente el verdadero objeto de su embajada. Lo declaró, porque así convino á Nicolás, el cual, no esperando ya nada de su secreta negociación con Inglaterra, que acababa de cerrarse, dió á su enviado orden de declararse en forma imponente, aterradora, arrancando al Sultán, por pública intimación, el asentimiento á sus proposiciones. El cinco de Mayo, dirigió Menchikoff á la Puerta, redactado en términos violentos, el *ultimatum*, fijándole el plazo de cinco días para manifestar si estaba dispuesto ó no á concluir con Rusia una convención que garantizase á la Iglesia griega su libertad y sus privilegios temporales. Alentados á la resistencia por las potencias occidentales, los ministros otomanos respondieron, el diez de Mayo de mil ochocientos cincuenta y tres, que el Sultán «protegería la religión ortodoxa y respetaría sus inmunidades, pero que no podía suscribir un tratado que comprometía los principios fundamentales de su independencia y de su soberanía». Menchikoff replicó con nuevas insolencias, que dieron por resultado la retirada del gran visir y del *reis-effendi*; pero sin ventaja alguna para su causa, por encomendarse la dirección de los negocios extranjeros á Rechid-Pachá, el adversario turco más temible de la política rusa. Cambiadas algunas notas, el diez y ocho de Mayo declaró Menchikoff terminado su cometido, y al día siguiente salió de Constantinopla, profiriendo la amenaza de que «la negativa de una garantía para el culto ortodoxo impondría en adelante al gobierno imperial la necesidad de buscarla en su propio poder». Al enterarse de estos sucesos, Nesselrode dirigió á su vez, en nombre de su señor, «que sentía en sus mejillas, decía, los cinco dedos del Sultán», un nuevo *ultimatum*, fechado el treinta y uno de Mayo, otorgando á la Puerta para someterse no más que ocho días de plazo, trascurrido el cual el Czar tomaría sus garantías, ocupando los dos principados de Moldavia y Valaquia, y en circular de once de Junio, dirigida á todos los agentes diplomáticos de Rusia, el mismo canceller exponía los graves motivos que obligaban á Nicolás I á tomar tan grave determinación.

Este desenlace causó profunda alarma en Europa. Los dos gobiernos de Francia y de Inglaterra, cada día más estrechamente unidos, enviaron sus escuadras á Besika, en la entrada de los Dardanelos; poco después, el Sultán publicaba un *hatti cherif*, asegurando la libertad religiosa en su imperio, y el diez de Junio, el ministro de negocios extranjeros de Francia, Drouyn de Lhuys, proponía que las cinco grandes potencias europeas, fieles al espíritu del tratado de mil ochocientos cuarenta y uno, se reuniesen en conferencia para poner fin á la crisis oriental. Al enterarse de la llegada de las flotas á Besika, el Czar montó en cólera, y así que hubo recibido la respuesta negativa de la Puerta á su nuevo

*ultimátum*, dirigió al pueblo ruso un manifiesto, fechado el veinticinco de Junio de mil ochocientos cincuenta y ocho, presentándole la guerra como una especie de cruzada y como sagrado el deber de concurrir á ella. Al mismo tiempo, Nesselrode trataba de probar á Europa que su señor acababa de ser provocado no solamente por Turquía, sino también por Francia é Inglaterra. Muy desmemoriado necesitaba estar Nesselrode para lanzar estas afirmaciones.

Las esperanzas de paz no se habían perdido del todo, sin embargo. Por ella trabajaba Austria con todas sus fuerzas. La situación de esta potencia era muy crítica. El concurso que le había prestado Rusia contra los húngaros, la necesidad de apoyarse en el gobierno que mejor podía defenderla contra la revolución, el temor de una agitación panslavista que tan fácilmente podía el Czar provocarle en Bohemia ó en el Sale, razones eran que le impedían declararse contra Nicolás; pero, al mismo tiempo, temía que, si se abstenía de secundar á Francia é Inglaterra, estas potencias desencadenasen de nuevo contra ella la revolución. Para no disgustar al Czar, que no reconocía á Europa el derecho de pararle los pasos, el gabinete austriaco, aparentando dejar á un lado la conferencia propuesta por el ministro francés, le ofreció su mediación oficiosa, que Nicolás se apresuró á aceptar; de otro lado, persuadió á la Puerta á responder á la ocupación de los principados con una simple protesta, que no excluía la esperanza de un arreglo; por último, para complacer á Francia y á Inglaterra, reunió en Viena, el veinticuatro de Junio, á los embajadores de las grandes potencias, abriendo, sin carácter oficial, una verdadera conferencia. Rusia negóse á comparecer, pero no se opuso á que se negociase un proyecto de nota conciliatoria, que se redactó en términos vagos, susceptibles de interpretaciones contradictorias, para que pudiese satisfacer igualmente al Czar y al Sultán. El primero la aceptó desde luego, bien que á reserva de interpretarla en su provecho; no así el segundo, quien añadió á su adhesión, de acuerdo con los embajadores de Inglaterra y de Francia, que no entendía en modo alguno admitir la ingerencia del Czar en las relaciones con sus súbditos. Al enterarse de esta adición, Nicolás declaró que retiraba su adhesión, y publicó el siete de Septiembre un comentario á la nota, diametralmente opuesto á la interpretación dada por los ministros turcos. La conferencia de Viena no pudo disimular que esta última era la que conformaba con sus intenciones; Francia é Inglaterra declararon que las explicaciones rusas cerraban todos los caminos de arreglo, y dieron orden á sus flotas de pasar los Dardanelos para ir á fondear en Constantinopla. Todavía no renunció el conde de Buol á su malaventurada nota, pero sin que adelantara un paso, ni siquiera con la entrevista que celebraron en Olmütz el emperador de Rusia y el de Austria.

Secundada por Francia é Inglaterra, Turquía había impreso desde el mes de Julio vigoroso impulso á los preparativos militares, y á fines de Septiembre se hallaba casi

dispuesta á salir á campaña. Reinaba en el seno de la población musulmana una violenta irritación contra Rusia. El carácter religioso que el Czar diera á su empresa había sobreexcitado en todas partes el fanatismo musulmán. Los ulemas intimaban al Sultán á declarar la guerra ó abdicar; manifestaciones tumultuosas se efectuaban delante del mismo palacio. El veinticinco de Septiembre, un consejo, compuesto de ciento sesenta y tres personas, se decidió por la guerra; el cuatro de Octubre, la guerra fué declarada en manifiesto solemne; el ocho de Octubre, Omer-Pachá, general en jefe del ejército turco, intimaba al príncipe Gortchakof evacuar los principados en el plazo de quince días; el veintitrés, rompíanse las hostilidades en el Danubio.

La resuelta actitud de Turquía no acobardó al Czar, que aún seguía creyendo imposible la alianza entre Francia y la Gran Bretaña, contaba con la neutralidad benévola de Austria y de Prusia y fundaba grandes esperanzas en la insurrección de las poblaciones cristianas de la península de las Balcanes. Reinaba, en efecto, gran fermentación en Tesalia y en Epiro, y agentes rusos, numerosos é influyentes, empujaban á Grecia á lanzarse sobre estas dos provincias. El rey Othon, y en particular su esposa, la reina Amalia, ambiciosa y resuelta, secundando la política moscovita, favorecían al partido napista y permitían á oficiales y soldados ir á fomentar la insurrección en territorio turco. Al mismo tiempo, el Czar excitaba al sehah de Persia á sublevarse contra el Sultán; no desesperaba de ganarse al rey de Dinamarca, cuya alianza le convenía para no ser atacado por el mar Báltico, y estaba, por último, convencido de que Turquía, por la penuria de su Hacienda, no podría mantener el ejército en pie de guerra seis meses y se vería obligada, en primavera, á solicitar humildemente la paz. Por todas estas razones, anunció á Europa, el treinta de Octubre, que aceptaba la guerra que se le declaraba; pero que, para probar la pureza de sus intenciones y la moderación de su política, se limitaría, hasta nueva orden, á defenderse.

Este lenguaje hizo reverdecer las esperanzas de un arreglo en el alma del canceller austriaco, Buol, quien, contando con el beneplácito de Rusia, volvió á abrir la conferencia de Viena, donde las cuatro potencias representadas adoptaron el cinco de Diciembre un protocolo, que se estimó punto de partida de una negociación formal para la paz, sobre la base de estas dos condiciones esenciales del equilibrio europeo: integridad del Imperio otomano é independencia gubernamental del Sultán. Pero, cabalmente á esta misma hora, la crisis oriental se agravaba por un accidente inesperado. Observó el Czar, contra lo que calculaba, que los turcos eran capaces de una ofensiva vigorosa y afortunada. En Europa, habían recobrado en pocas semanas la Pequeña Valaquia y separado de Servia al ejército moscovita; en Asia, habían penetrado en territorio ruso y tomado en el Mar Negro el fuerte de San Nicolás. La noticia de este suceso enfureció al Czar, que dió orden á su flota de ir al litoral otomano de Asia Menor, y el treinta de Noviembre, la flota turca era

destruida en el puerto de Sinope. Abd-ul-Medjid, viéndose perdido, sin poder disputar á su adversario el imperio del Mar Negro, pidió á las potencias occidentales que diesen orden á sus almirantes de pasar el Bósforo. La decisión era grave, y si el gabinete de París estaba resuelto á tomarla, no le sucedía lo propio al de Londres, cuyo jefe, Aberdeen, no desesperado aún de evitar la guerra, trató de resistirse. Pero tuvo que ceder á la opinión pública, de que se hizo eco Palmerston, y el veintisiete de Diciembre, á propuesta de Drouyn de Lhuys, las dos cortes occidentales notificaron á Rusia que la flota anglo-francesa iba á tomar posesión del Mar Negro. No podían decir más claro que se decidían por la guerra, y si no llegaron á declararla formalmente, fué por no hallarse preparadas para emprenderla.

Todavía Austria trató de conjurar la tempestad, ofreciendo á dichas cortes una satisfacción diplomática. El treinta de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y tres, Turquía daba á conocer las condiciones que exigía para el restablecimiento de la paz, que eran: integridad del territorio turco, evacuación de los principados, renovación de las garantías dadas á la Puerta por Europa en mil ochocientos cuarenta y uno, é independencia gubernamental del Sultán. No significaba esta independencia que Abd-ul-Medjid se negase á otorgar nuevas franquicias á sus súbditos cristianos, sino que quería otorgárselas libremente. El conde de Buol se agarró á este programa como postrera áncora de salvación, y á propuesta suya, la Conferencia lo aprobó el trece de Enero de mil ochocientos cincuenta y cuatro, encargándole á él mismo de transmitirlo al emperador de Rusia.

Todo el mundo aguardaba con ansiedad la respuesta del autócrata ruso. Mal le conocían los que esperaban que iba á retroceder. Sabiendo ya á qué atenerse acerca de Francia y de Inglaterra, Nicolás se forjaba todavía la ilusión de atraer á su partido á Austria y Prusia, y en esta esperanza envió á Viena y á Berlín dos diplomáticos, el conde Orloff y el barón de Budberg, á pedir á dichas cortes la promesa de una neutralidad benévola, asegurándoles, en cambio, tratar con ellas, con nadie más que con ellas, el restablecimiento del equilibrio político en Oriente. Buol preguntó si el Czar se comprometía á no pasar el Danubio, y como Orloff contestase negativamente, declaró el veintiocho de Enero que Austria se reservaba completa libertad de acción. «Usted nos hace la guerra imposible, exclamó el agente ruso; tanto vale declarárnosla.» No fué más afortunado Budberg en Berlín, donde la opinión pública era hostil á Rusia, y en la corte, ministros, consejeros y amigos del rey, hasta el heredero presunto, el príncipe Guillermo, se inclinaban á la alianza inglesa. El dos de Febrero de mil ochocientos cincuenta y cuatro, Nicolás notificó á la conferencia de Viena que sus condiciones eran inaceptables, y á la carta autógrafa que Napoleón III le escribiera el veintinueve de Enero, invitándole á evacuar los principados y someter el futuro tratado de paz á la garantía de Europa, respondió, el ocho de Febrero, que tanto valía pedirle su deshonra, y que Rusia sabría conducirse en mil

ochocientos cincuenta y cuatro como se había conducido en mil ochocientos doce.

Por su parte, las dos cortes occidentales se esforzaban en formar contra el Czar una coalición formidable. Á poco estuvo que se concluyese una alianza entre los gabinetes de París, Londres, Viena y Berlín. El principal interés de Francia é Inglaterra era ganarse á Austria, sin cuya ayuda no podían atacar á Rusia más que por mar. Pero Buol, temiendo una traición, se negaba á firmar nada en tanto Francia é Inglaterra no se hubieren comprometido en términos de no poder retroceder, y á este efecto, exigió que dirigiesen al Czar nuevo *ultimatum*, que se despachó el veintisiete de Febrero, intimándole evacuar los principados y amenazándole con la guerra, caso de resistirse. Resuelto este extremo, se tropezó con otro más dificultoso, á saber: que Austria no podía hacer nada sin contar con la alianza de Prusia, y á ganarse á esta potencia dirigieron con energía sus esfuerzos Buol, Drouyn de Lhuys y Clarendon. Lo que realmente buscaba el ministro austriaco era que Francia é Inglaterra marchasen delante, y él constituir en segundo término, con el apoyo de Prusia, una reserva formidable, que, aumentada con los contingentes de la Confederación germánica, le permitiese imponer á las partes beligerantes su mediación y dictar la ley á Europa. Hermoso cálculo, pero que sólo podía prosperar en el caso de que la corte de Berlín perdiese el instinto de propia conservación. Sabemos que, en torno de Federico Guillermo, se agitaba una facción poderosa, el partido de la *Cruz*, que, secundado por la reina, por el segundo hermano del rey y ayudado por Bismarck, procuraba con todas sus fuerzas apartarle de la cuádruple alianza. Afortunadamente, la correspondencia de Bismarck nos da á conocer los argumentos que esgrimía este partido y cuyos principales eran: que la corte de Berlín sólo debía tratar de reconciliarse con Alemania, aparentando no defender más que los intereses germánicos, así como la corte de Viena servía en Oriente los suyos propios; que si se acercaba á Austria, había de ser, no para secundarla contra Rusia, sino para retenerla, neutralizarla, inmovilizarla; que un día esta potencia, por su ingratitud con el Czar, se haría odiosa á todo el mundo, y entonces Prusia podría arrebatársela á Alemania sin temor de que le salieran al paso Rusia ni las potencias occidentales. Estas consideraciones hacían gran mella en el ánimo de Federico Guillermo, que admiraba á su cuñado como futuro emancipador de los cristianos de Oriente; coincidía con él en creer que Turquía no tenía cura, y le repugnaba poner su firma junto á la de Napoleón. El gabinete inglés no desesperaba de atraerse al rey de Prusia, fundado en lo que le decía el embajador de esta potencia, Bunsen. Pero los dichos del embajador eran pura ilusión, que no tardó en llevarse el viento. Habiendo sabido Federico Guillermo que Bunsen había manifestado en Londres como casi cierta su adhesión á la cuádruple alianza, se indignó, desmintió al temerario diplomático y declaró sin ambages, á principios de Marzo de mil ochocientos cincuenta y cuatro, que *jamás haría* la guerra á Rusia. Bien es verdad que, no queriendo indisponerse con nadie, se apresuró á enviar